

PRIMER PUESTO

Milena



Eddy Santiago Parada Suárez
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
eddy.paradas@uniagustiniana.edu.co



Diciembre

Has sabido llegar de Nuevo. Buenas Nuevas dice el evangelista, y se supone que sea esa una sentencia de alcance Universal. ¿Por qué no me alegra a mí?

Me asomo al balcón de mi ventana y les observo a ellos, mis hijos aunque no de carne, distraídos. Alejados de la realidad, absortos del mundo, ebrios de una dicha artificial fabricada por el licor, se mueven al compás de lo que ellos llaman música.

Quisiera apagar ese horrible ruido. Cómo desearía asomarme y gritar al mundo que eso que ellos llaman Natividad, ¡no lo es!, pero ¡ay de mí!, solo y triste, amargado por los años. Mi cabello, nevado de canas; mis piernas ahora son débiles, cansadas de haber caminado tanto; mis brazos, que tantos hijos ajenos han sostenido y recibido a la Iglesia, son ya flácidos; y mis manos están cubiertas de lunares, aunque solo hayan tocado aquello que considero lo más sagrado. Y mi rostro. ¿Qué decir de él? Aquel mismo que alegre y despejado despedía a sus padres con mirada pueril y sincera, con lágrimas en los ojos por motivos no conocidos sino por mí, aquel que gozaba de la belleza que percibía en el mundo, pero contenida en mi alma, ¡Ay de aquel rostro del que no queda nada! ¡Ni la juventud se ha querido quedar conmigo! Destinado a la soledad, he entregado mi vida al servicio de otros: desagradecidos y altaneros, a veces, hipócritas y descarados, otras, pero buenos conmigo como indicio general.

Estoy tan solo, Dios mío. Y es en estas horas de soledad que una profunda melancolía viene a embargar mis recuerdos. Como un veneno ponzoñoso se expande en las aguas cristalinas de mi alma, que he trabajado en purificar con largas horas de oración y ayuno.

A pesar del dolor que me causa el actuar errado de mis hijos, no puedo juzgarles, aunque les reproche constantemente. Si no fuera

esta mi condición, estaría yo también con ellos arrojados a los mundanos vicios, ahogando mis penas como los pachucos de Octavio Paz. Así también ahogaría esta condena que traigo clavada desde hace tanto tiempo, sin la capacidad de compartirla, sino apenas en confesión, por lo escandalosa que resulta. Hay en las tragedias cierto elemento que hace que estas sean menos dolorosas, es la capacidad de llorar, de desahogo. Como admiro a las almas nobles, cuya virtud otorgada por Dios ha sido la de poder llorar. Incluso, reconozco, que me despiertan una santa envidia, pues a mí ese privilegio no me fue concedido. Eso ha hecho que la espina clavada en mi pecho no pueda ser lavada con el vino de la publicación de mi tragedia y el consuelo y comprensión ajenos. El silencio como cómplice me ha sido una pesada carga.

Precisamente, fue por estas fechas cuando se dio la ocasión en que ella me abandonase, como nos abandona este año que concluye.

Corría el año de 19..., cuando aún creía en la felicidad que predico. Me debatía el futuro entre dos horizontes y, hasta entonces, creía que la decisión era mía. ¡Qué ingenuo! ¡Ay de mí! ¡Cuántas noches fue la luna testigo de mis oraciones, en las que elevaba a Dios mi espíritu para que me diese claridad de discernimiento! Recuerdo que, para entonces, con el calor decembrino de mis tierras, —y por calor decembrino me refiero tanto al que brinda el clima como al que ofrece la población, pues para las fechas especiales, emerge una extraña caridad, incluso de los corazones que se creían más fríos—, yo era feliz. Rodeado de mi familia, de algunos amigos y compañeros de trabajo de mis padres, vivía mi vida tan tranquilamente, tanto como solo puede garantizarla por la vida del campo, la pureza de corazón y la limpieza de conciencia.

Así la conocí a ella, Milena. Su nombre, que para todos no pasaba de ser el nominativo x de una persona x, era para mí un nombre lleno de significado, que hoy podría resumir como la apología al

atributo metafísico llamado belleza, —*Pulcrum* - i—, encarnado en la ternura y rematado con ese amor que es tan propio de las almas más buenas que puso Dios en el mundo. Y es que solo verla era para mí antídoto a cualquier enfermedad del alma y combustible para mis pueriles pasiones.

Crecimos sin saber que nos queríamos tanto, que nos amábamos. ¡Yo era tan joven, por Dios! Contaba con quince años por entonces. Ella, apenas cuatro meses y tres días menor que yo, comenzaba a formarse una señorita. Tenía el cabello largo y lacio, que sabía bailar al son de la melodía que tocase el viento. Sus ojos, jóvenes y profundos, de esos que parecen sondear con extraña facilidad los abismos del alma, —y en verdad lo hacen—, sabían llenarme de un profundo amor por la vida. ¡Y su boca! Perfecta e inmaculada, de rubíes que escondían la sonrisa de marfil, sobre mis labios se posaron por primera vez un primero de diciembre. El mejor regalo que pude recibir en mi vida.

Ese fue nuestro primer beso. Ansioso de Navidad, cuando ésta aún no me dolía como ahora, mis labios se unieron con los suyos y me despertaron a la adultez, como de un sueño mágico a la realidad. En mi boca, ya anciana hoy, se despertó aquello que se llama amor. Lo trágico del asunto consistió en que este beso, fue motivado por la noticia que le di sobre la concreción de los planes de mis padres y mi tío paterno. No los juzgué y aun hoy no les juzgo, pues Dios sabe que obraban por la que creían mi felicidad. Era mi último diciembre en aquel lugar, mi pueblo en las montañas, pues al siguiente año entraría yo al Seminario menor de la Ciudad de C..., en el cual tendría que internarme y estudiar hasta la aún tierna edad de veintitrés años, cuando sería ordenado sacerdote. Y así, mis padres, garantizando mi futuro, me condenaban, aunque sin saberlo, a perder a la mujer por la que mi corazón empezaba a lanzarse al profundo abismo del amor, misterio insondable del corazón humano.

Mi puro músculo latente, casi santo, se inmolaba en el fuego del amor, que me consumía con sus apasionadas llamas, a través del placer despertó en mí al ser besado por sus impolutos labios, bañados en sus lágrimas que lavaron mi rostro, seguidos de un suspiro ahogado, que imploraba ¡No te vayas! Sacó su pañuelo bordado, se limpió sus lágrimas, limpió las mías y me lo dio como un recuerdo. Fue uno de los momentos más tristes y alegres de mi vida.

Aquí comenzó para mí una tortuosa situación. Peor que elegir es discernir. Elegir es tomar partido por lo bueno o lo malo, por lo que puede tener en sí mismo mayor gusto. En el elegir, se debaten el deber con el querer. Discernir obliga a tomar partido por dos cosas igualmente buenas o malas, lo que hace imposible el establecimiento de un juicio moral absoluto. Aquí se entremezclan las pasiones con los deberes y se hace indistinguible el camino a seguir, ya que este se cierra con las malezas de la duda.

Ese día conocí el caos pues, acostumbrado a obrar según la voluntad de mis padres, comenzaba dentro de mí una disputa dialéctica imposible de superar, entre lo que ellos querían para mí y una posible vida al lado de Milena. Mi formación religiosa, habitual en mi casa gracias a mi tío, gran sacerdote, me había enseñado que es Mandamiento de Dios honrar a padre y madre; pero también que llega el día en que “Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gen. 19:4, Mt. 19:5). ¿Acaso no sería ello la voluntad de Dios? ¿Acaso les desobedecía a todos con ello? ¿Acaso podría haber pecado por un sentimiento que yo consideraba inaccesible a los mismos ángeles del cielo, carentes de pasiones?

Lo peor de mi situación era que, a pesar de no haber tomado decisión alguna, la culpa de errante y el dolor del pecador caían sobre mí, como mastines a su presa, aterrizando mi alma, entonces soñadora, en la mundanidad de la carne, tan condenada por

mi religión. Aún no comprendo a mis colegas actuales cuando, al escuchar una confesión, imponen penitencias tan fuertes. Es como un condicionante *sine qua non* para dar el perdón. En la realidad, dicha penitencia no debe ser puesta como un castigo, ni como advertencia, sino como una ofrenda voluntaria de parte del penitente a Dios para la purga de sus culpas.

¡Quién diría que un beso habría de condenarme a tal división de mi corazón! Ello me hacía tremendamente infeliz. Me sentía inmérito del cariño ofrecido por mis padres y del amor inmaculado y sin porqués que lo justificasen o explicasen por parte de mi hermosa Milena. Los libros, que me gozaba con esas palabras tan perfectamente colocadas, como notas dibujadas en la partitura de una obra maestra musical, no alcanzaban ya a brindarme el regocijo que me arrullaba en mi tierna edad. En las páginas ya no solo se plasmaba la tinta original, sino también pesadas lágrimas que resbalaban por mi rostro. Ahora soñaba con los personajes de esas tragedias griegas; ahora yo protagonizaba las obras de teatro de Shakespeare; ahora era el Dante enamorado en busca de mi Beatriz, encarnada en Milena, pero con la salvedad de que este pobre Dante, no contaba con un Virgilio que le acompañase en tan duros momentos. No podía acudir a mi familia. ¿Qué pensarían? ¿Cómo defraudarlos? Con amigos tampoco contaba, nada más con Fabián, mi hermano y mejor amigo, pero él estaba ahora bastante lejos, pues se había ido con un grupo de recolectores de café por al menos tres meses.

Yo, el que juzgaba el amor desde la barrera, era ahora arrojado a la arena sin la mínima instrucción. Y es que el amor no se aprende. Se halla este como colocado por Dios, así como una semilla que permanece cristalizada hasta que un beso rompe el hechizo y nos sacude frente a una realidad nueva, nos coloca un filtro que cambia nuestra perspectiva y hace de nosotros otro ser, otra persona. Simplemente Otro. Otro con mayúscula como lo usa Levinas para referirse a Dios, aquel mismo al que he de pedirle una coherente

explicación cuando me halle en su presencia, pues la necesidad de encararle en el cielo ha sido casi mi única motivación para llevar la vida intachable que llevo. Pues mi actuar se justifica en la necesidad de poder decirle, cuando me llame a su presencia, “Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer” (Lc. 17:10), y, posteriormente preguntarle por qué juzgó oportuno hacer lo que hizo. Mi único consuelo actual es este pañuelo que por años he conservado y que en noches como esta tranquiliza mis agitados sueños.

Y es que un día diciembre como estos que pasan, una de estas noches de carnaval, parranda y desenfreno, de alegría rebosante en los niños y ancianos, una noche de estas el destino me mostró su lado oscuro. Yo creí haber tomado una decisión. Me ofrecí al dueño de la finca en que trabajaban mis padres para que me sacara de esas tierras y me enviara a la ciudad, donde estaban a punto de enviarme, pero no a encerrarme en un seminario con las garantías que allí se ofrecen, sino a trabajar en la central obrera de abastecimiento de alimentos, como carguero de bultos. Confiaba en mi joven edad, en mi experiencia y fortaleza brindada por una precaria vida en el campo, en mi intelecto, que me haría saber usar mi dinero con precaución y destinarlo a rentar un lugar digno y llevar a Milena a vivir conmigo, lejos del juicio perturbado de su familia, que veía en mí no una mala influencia, sino un cura, antes que al esposo de su hija, pues ya nuestros sentimientos empezaban a hacerse evidentes para la población en general.

Su abuela y su tía, viejas beatas rezanderas, muy conservadoras y poco comprensivas, reprendían a su hija afirmando que estaba seduciéndome y robando a Cristo uno de sus hijos; le hablaban de infiernos y de condenas, de horribles castigos por su pueril y humano comportamiento. Me ofendía muchísimo escucharles a través las quejas de mi amada, pero procurando ser más comprensivo que ellas, trataba de hacerle entender a Milena que actuaban según sus

propias convicciones, y que ello no es fácil de cambiar, menos en una sociedad tan tradicional como la que nos había correspondido vivir. Milena, ofuscada, justificaba su inocencia y se reafirmaba en que no era intención suya el pecar. Se ponía de tan malgenio... era tan graciosa y tan bella entonces. Sus mejillas sonrosadas, su piel clara y sus oscuros ojos cobraban una luz, un encanto, un brillo particular, que no pude jamás borrar de mi mente. Yo solo la miraba, la sacaba de su absorto pensamiento y reíamos como locos, hablando con ese idioma propio de los enamorados, en el que las miradas se hacen comprender, como en una enigmática telepatía, invisible a los ojos que no gozan de esa dicha y que la envidian en secreto.

Fue entonces cuando tomé, bueno, cuando creí haber tomado una decisión sabia e inteligente a los ojos de Dios y de los hombres. Como una fiera que se abalanza sobre su presa, creí conveniente, aunque arriesgado, arrojarme a mi suerte para luchar por el amor. ¿Mi plan? Largarme con el jefe de mis padres, el dueño de la finca, a tierra fría, a trabajar en una central plazera como ayudante y cargador de pesadas cajas y bultos de comida, a cambio de un sueldo no muy bueno, pero suficiente para vivir con ella. Trabajaríamos fuerte, tendríamos muchos hijos, seríamos felices y prosperaríamos, con la ayuda de Dios, poco a poco. Envejeceríamos viendo crecer a nuestros nietos y moriríamos sin la conciencia deprimida por no haber sido valientes y haber tomado la decisión que no debíamos tomar. A fin de cuentas, ni nosotros ni la satanizada sociedad fuimos los que decidimos, sino Dios, el único al que podría apelar en la desventura de mi vida.

Me dirigí al jefe, el viejo Hernando, un día domingo. Era un hombre templado de espíritu, que gracias al rudo trabajo y la inteligencia en las finanzas había logrado un emporio tan fuerte, que era considerado uno de los hombres más ricos y respetados de toda la región. Su fuerte carácter hacía casi imposible que alguien se

acercase con confianza al mismo. A pesar de la timidez que siempre me acompañó, cerré con fuerza los puños y me acerqué, al final de la misa de mediodía y con paso firme y decidido, el día de inicio de la novena de aguinaldos le solicité empleo en su bodega en la ciudad. Pensé mucho cada palabra que exactamente diría, para que estas mostraran mi temple para el trabajo y evitaran ponerme en ridículo o en evidencia ante los demás. Era, ahora que lo considero con mayor distancia en el tiempo, una hazaña tan valiente como estúpida. Temía que el viejo lanzara una risotada de esas que se escuchaban por todo el pueblo, que me rechazara y que, apelando a lo que ya muchos sabían, que me iba de cura, me dejara en vergüenzas.

Aquel que no crea que la fuerza que mueve al mundo es el amor, y que este es superior al dinero, le invito a que explique la actitud de ese joven flaco y pobre, débil y pálido que fui, que me hacía acercarme a ese viejo alto y acuerpado, vestido elegantemente y acompañado de dos tipos más grandes que él y mejor armados, con motivo de solicitarle empleo para poder llevarme a la mujer que amaba a vivir conmigo, teniendo apenas quince años.

Respiraba agitado, me temblaban las piernas y consideré necesario, más de una vez, salir corriendo sin ser visto. Pero, como ya lo dije, el amor era más fuerte que nada. Así, que me acerqué al viejo por detrás. Reía de un chiste que le había contado alguien de un grupo de personas que le rodeaban con todo tipo de solicitudes. Don Hernando, que si me sirve de padrino para la niña, el 25 de este mes. Don Hernando, que si por favor me presta alguno de sus caballos para que la señora no camine tanto para venir a ver al matasanos del pueblo, que mírela, que por Dios, que está embarazada. Don Hernando, que si por favor nos presta el camión rojo para llevar agua al Caimán, la Finca de arriba, que es que el ganado y la gente no tienen que tomar, etcétera.

Estaba totalmente enterado de que aquel viejo de gruesa entereza, rara vez concedía un favor. Peones el contrataba a diestra y siniestra, pero eso de mandar alguno de coterero a la ciudad, eso no lo hacía con nadie. Y qué esperanzas podría tener yo. Le toqué el hombro por la espalda y como no se giró, le toqué con más fuerza y casi le grité. ¡Don Hernando, le conviene! A pesar de sus años, se mantenía robusto, fuerte, con sombrero y bigote, y un diente de oro que brilló al verme. ¿Que qué es lo que me conviene?, preguntó. Pues que cómo le parece que tiene frente a usted al que será uno de los mejores cotereros en su bodega en la ciudad, y que usted se dará cuenta de que no tendrá mínimo motivo para dudar de lo que le digo y se arrepentirá mucho si no me contrata, pues trabajaré por casi la mitad de lo que trabaja un obrero de mi calidad, y usted verá si me sube el sueldo luego, y si quiere desde esta misma noche parto con usted y mañana lunes madruggo a *camellarle*, que yo no nací con miedo y que usted está es frente a un varón. Dije todo esto sin pausas y sin bajarle la mirada, a pesar de que me intimidaba infinito. No sé ni de dónde saqué las fuerzas para decir lo que dije, pero lo cierto es que mi discurso pareció gustarle, o más bien conmoverle.

Y como por qué quiere tan chino tirarse la salud debajo del bulto mijo, dijo. Por amor, señor, y usted tiene hijos y tuvo madre y esposa y sabe de qué le hablo, contesté. Solo aquí advertí la presencia de la esposa de don Hernando, la señora Sofia que, escondida detrás del anciano, me miraba con cierta ternura, entre el gentío que parecía atraer, joven, con la mirada levantada y el sombrero en la mano. Tan ingenuo, pensaría ella. Y retomé mi discurso así: y sé que usted, así joven como yo, la conoció a ella con el encanto que aún conserva. Usted no sabe si sea yo la mano que necesitará para que en el futuro le sostenga. Y estoy dispuesto a seguirle hasta su casa y dormir en su puerta si usted no me quiere llevar a trabajar.

El viejo pareció vacilar en principio. Se llevó la mano al bigote e inclinó la cabeza para escuchar lo que le susurraba su esposa al oído. Al fin me dijo que me aceptaba, pero que no se iba a poner a pedir permiso a taitas chillones luego y que si no rendía la primera semana, me tendría que devolver sin nada, así como me tendría que ir esa noche. Me dio un billete grande y me dijo que me esperaba en la ciudad, que usted verá cómo llega, pero allá tiene que estar en la noche para que coma y duerma, y que no llevara nada, que allá miramos cómo lo acomodamos, y que le reponía el sábado ese billete completo o se lo descuento del sueldo de sus taitas. Eso le iba a decir señor, respondí, que ellos ni se enteren. Pero era ya tarde, con toda la gente que estaba alrededor, era cuestión de horas para que mis padres se enteraran, por lo que, después de despedir al viejo y a la señora con toda clase de bendiciones, corrí a casa de Milena, para contarle de mi determinación y salir inmediatamente para la ciudad.

Creo que gracias a la emoción que me embargaba y a los sueños que comencé a dibujarme en la cabeza, corrí tan rápido. Unos cuatro kilómetros separaban al pueblo de la casa de Milena, y el trayecto de cincuenta minutos fue atravesado por mis ágiles piernas en menos de treinta. Milena me recibió con un segundo beso, me sonrió y se alegró de ello, aunque era evidente cierta preocupación, por la que presentía, podría ser la hazaña más peligrosa de mi vida. Es que tú eres el único que remplaza un seminario impecable por una sucia plaza, me dijo. No, señorita. Reemplazo mi vida por la tuya, y estoy feliz de ello, si la vida de Cristo pagó todas las almas, la mía que pague tu vida terrena. Reímos de nuevo, pero ella no dejaba de amonestarme y decirme que estaba a tiempo, que aún podía arrepentirme y llevarle el billete al viejo de regreso y volver a donde mis padres.

Pero ya mi decisión estaba tomada, o al menos eso creía, porque ahí fue cuando, envilecido el destino contra mí, o gustoso el

diablo, que se burlaba de mi felicidad y pedía licencia para hacerme daño, como lo hacía en el libro de Job, un Dios furioso, por haberme comparado con él a modo de chiste, cortó con singular facilidad mis planes a futuro.

Para comprenderlo, tengo que explicar que vivía en tierra cálida, indescritiblemente bella, pero con un peligro latente, alimentado por el mito de la creación. Resulta que debido al intenso calor, es siempre muy plausible que en épocas de vacaciones halla reportes de ataques de reptiles, debido a que estos, las serpientes en particular, se acercan a los lugares cercanos a las casas de los campesinos en búsqueda de los huevos de las gallinas y los patos. Algunos tienen una mordedura venenosa, pero no demasiado dañina si se combate con el suero antiofídico correcto a tiempo. El problema era que ya estaba yo cansado por la carrera que había empezado en el pueblo hasta la casa de Milena.

La serpiente que atacó fue una coral, la distinguí por el color que es recordado con las iniciales R. A. N. A. Rana significa Rojo, Amarillo, Negro, Amarillo. Y esos cuatro colores me hicieron imposible recorrer los cuatro kilómetros que me separaban del pueblo, para buscar al médico y evitar un daño irreparable. Qué dolor tan intenso. El grito, supongo, se escuchó en todas las montañas, pero fue ensordecido por la grandeza del campo y no llegó a oídos de nadie que pudiera prestar auxilio alguno.

¿Por qué sucede esto? ¿En qué había errado yo? ¿Pagaba acaso algún pecado de mis padres? Hoy me siento tan solo. Hablo a diario con muchas personas, tengo certeza de que algunos oran a Dios por mí, con sinceridad innegable. Hay quienes me llaman casi a diario a preguntar por mi salud. Sin embargo, a estas altas horas de la noche en las que nadie está consciente, derribado ya por el cansancio del trabajo del día, ya por el dopaje del alcohol, y hasta altas horas de la madrugada, me siento profundamente conmovido

y triste. Me es imposible imaginar una vida paralela si no hubiera sucedido tan desafortunado accidente. Quisiera, como ser humano, tocar otro cuerpo, admirar las curvas de un cuerpo femenino, poder llamar a esa mujer como Amor. Decir *te amo* no fue algo que se me haya permitido. Quería gritarlo a los cuatro vientos como cualquier persona puede hacerlo, como todos, todos menos yo.

Nunca comprendí del todo ese afán juvenil por destacarse, por reafirmar cierta autenticidad y personalidad en calidad de diferente frente al mundo. Porque, si bien radica en cada ser humano un aspecto de univocidad, también es cierto que nuestros modos culturales son prácticamente homogéneos. Por una de esas comunes casualidades de la vida, siendo yo alguien que piensa así, no me fue permitido completamente hacerme parte de esa masa común que se llama sociedad. Quise, y aún quiero realizar en público un acto tal como dar un beso sin sentir que, por cuestiones de lógica cívica, seré señalado por un dedo índice que apunte a mí como si fuera un criminal. Y, aunque soy un férreo defensor del celibato para quienes comparten mi condición, en mi defensa diré que ello no estaba entre mis planes. Me refiero a estar en esta posición en la que hoy me hallo.

Porque fue ese día, aquel horrible 16 de diciembre, apenas quince días después de mi primer beso y minutos después del segundo, que di el tercero y último de mi vida. Porque aquella maldita víbora clavó sus fauces con desgarradora fuerza e inyectó veneno en unas piernas que apenas tenían quince años y que, para mí desgracia y desconsuelo, no fueron las mías. El putrefacto animal vino a clavar sus afilados colmillos en la pierna de Milena, le inyectó su letal veneno y no pude yo hacer nada. Sin mínimo conocimiento de medicina, traté de absorber sin éxito el veneno, até a su pierna el pañuelo que llevaba en el bolsillo y que me había entregado ella el primer día del mes, el mismo que hoy conservo y vela mi soñar, y corrí tan rápido como mi ya cansado cuerpo me lo permitía hacia

el pueblo. Recordé que era 16 de diciembre y todos se encontraban en fiestas, por lo que me fue imposible hallar un alma que me ayudara con Milena que, llorando y dolida, me miraba a los ojos mientras yo le cargaba en brazos y corría pidiendo ayuda, angustiado como jamás lo estuve, con el corazón a mil y con gruesas gotas que bajaban por mi cara, de sudor y lágrimas, con el silencio indolente por respuesta, pues todos se hallaban en el pueblo, y sus padres y los míos trabajaban aún.

Tranquila, todo va a estar bien, le mentía mientras seguía corriendo con el sol sobre mi cabeza y la máxima belleza humana de que tuve noticia marchitándose en mis brazos. Su pulso cada vez bajaba más. Sus rojos labios empezaban a tornarse pálidos. Su mirada cada vez estaba más perdida. Ahora era yo quien a gritos imploraba el ¡No te vayas!, que intuí en su mirar apenas días antes. Parecía dejar de responderme y, de vez en cuando, también recuperaba un poco el sentido, debido a la intensidad del dolor. Mis piernas seguían corriendo, pero se cansaban. Mis brazos fuertes se hacían débiles. Mi voz se empezaba a ahogar, debido a la resequedad de garganta que padecía por el calor y el esfuerzo físico. Yo habría soportado esos dolores mil y mil veces más, por el resto de mis días, con tal de no haber tenido que padecer el dolor que me provocaba saber que Milena empezaba a fallecer. Dispuesto a disputársela a la muerte, seguí luchando con lo que me quedaba hasta que apareció un auto desconocido, el de un hombre bueno, cuyo nombre me reservo, pero que guardó mi secreto hasta la tumba. Sálvela por favor, sálvela usted, le grité. El hombre se detuvo, nos recogió y empezó a acelerar a fondo por los caminos de esa escarpada colina. Le di el billete que acababa de recibir y el hombre revolucionó su viejo motor para salvarle la vida a Milena, cada vez más pálida, cada vez más ida, cada vez más lejos de mí, aunque su cuerpo estuviera fuertemente estrechado entre mis brazos.

Fue tarde para cuando llegamos al hospital. Allí se había agotado el suero, y los auxilios de los médicos fueron insuficientes para corregir lo que ya estaba hecho. Ni Hipócrates de Cos, ni Galeno de Roma, ni Avicena de Arabia consiguieron salvarla. Los labios que me besaron parecían ahora encontrarse con la muerte, y sentí en los míos propios su frío carácter. Cuando me dejaron solo, por tercera y última vez, posé mis labios sobre los suyos, que ya empezaban a enfriarse, y tuve un impulso de absorber el veneno de su pierna, ya no para salvarle, sino para suicidarme y morir con ella. Pero en ese momento entró aquel hombre que nos había llevado y ya fue imposible hacer algo, pues él me lo impidió y me obligó a jurar por la vida de la difunta, so pena del infierno para ella, que no atentaría contra mi vida jamás. ¿Cuál vida, si mi vida ya estaba muerta y yacía sobre una camilla, con sus pómulos apagados, sus manos yertas entre las mías y una horrible herida en la pierna?

¿Por qué, Dios, por qué? Gritaba e imploraba al mismo cielo ya oscurecido como las luces de mi alma, como el cuerpo apagado y marchito de la mujer que amé tanto. Pero, al igual que el viernes de Pascua en que Cristo murió, ese Domingo, día de vida y resurrección fue día de muerte y pena para mí, día en el que perdí a la única mujer que pudo despertar en mí el amor, el verdadero amor. Esa fue la última vez que la vida me permitió llorar, aunque no por mucho tiempo, porque ya en el seminario, me fue imposible compartir mi tristeza, pues había jurado sobre la tumba de mi amada que me haría cura, con lo que garantizaría que mi cuerpo y mi amor estarían siempre limpios y dedicados a ella. Por el mismo motivo, necesitaba fingir alegría en el seminario, para garantizar cumplir mi juramento. El destino o Dios se habían empeñado contra mí. Y no era inmadurez, como me lo dijo mi primer director espiritual, aquel sentimiento que me rondaba, sino amor, auténtico amor que al día de hoy, habiendo vivido medio siglo y una década desde aquel desafortunado evento, aún mi corazón sigue sintiendo

como en esa fecha, en la que la dicha me fue arrebatada por el destino o por Dios —yo me inclino por el segundo—.

No le creo una palabra a quienes dicen que cada quien se labra su propia fortuna, pues no encuentro que yo hubiera podido, ni aunque hubiera querido, cometer una acción tan pusilánime que mereciera el dolor que me embarga, la soledad que me abraza y el frío de sus labios que jamás se despegaron ya de los míos. Esa es la causa de mi desdicha desde aquel diciembre, uno como este.

Diciembre, has sabido llegar de Nuevo. Buenas Nuevas dice el evangelista, y se supone que es una sentencia de alcance Universal. ¿Por qué no me alegra a mí?

Fin